



- D I E G O T A P I É -

# Salamandra

Los treinta pueblos

- Capítulo tercero -

# *Salamandra*

Los Treinta Pueblos



Por Diego Tapié

*La siguiente novela es solamente una obra de ficción.  
Los hechos, nombres y lugares históricos aquí mencionados  
pueden o no corresponder a datos históricos exactos.*

· Capítulo tercero ·

## La mano del rey

Cnel. Coutinho

**E**l deber me llama y mi reputación me precede. El honor más grande es el de servir a mi rey, y enseguida fui a su encuentro cuando requirió mi presencia.

Pusilánime dictador, tú, maldito Napoleón que llevas la suerte encima. Sus avances por toda Europa consiguieron la salida de nuestro soberano hacia estas tierras alejadas desde hace unos años. Y junto a él muchos fieles servidores.

No es huir sino retirarse.

De entre todos los soldados que sirven con honor al Rey Juan VI de Braganza, yo, Abel Coutinho, soy el mejor

de todos ellos. Nadie me iguala en la batalla; ni mi gallardía ni mi fidelidad. Tal vez por eso se me encomendaba esta especial tarea. Llegué al despacho del Rey y otros hombres aguardaban. Capitanes del reinado de Portugal, Brasil y Algarve. Líderes, caudillos, jefes de tierras y hombres por toda la región. Yo me presenté y esperé mis instrucciones. Me contaron a cerca de lo ocurrido algunos días atrás en la reunión de capitanías que se celebró en el Palacio Imperial. Se trataba sobre un Conde; un gran terrateniente en las praderas de Minas Gerais. El hombre, fuera de sus cabales, se inmiscuyó en las conversaciones para hablar de sus planes de conquista. Ofrecía, según dicen, la ventaja táctica para el avance militar de nuestras tropas para tomar los territorios más allá del Río de la Plata y así dominar lo que se llamaría Provincia Transplatina.

Sin mucho que pensar, sonaba una propuesta interesante, si no fuera que sus planes se basaban en unas milagrosas maquinas infernales, en un arma mágica, una solución fantástica e imposible. Menuda desvergüenza la de este demente con sombrero de copa y papeles ilustrados.

El problema parecía insignificante de no ser por sus enérgicas palabras y la posibilidad remota de que en sus manos hubiera tal poder. –Ahora, con la mente en frío, nos levanta ciertas sospechas y es un tema que queremos investigar –dijo el Capitán de São Paulo. El Rey encargó entonces mi misión –Quiero que busques al Conde Melquíades e investigues sus actividades. Debes detenerlo si sus acciones amenazan la paz o desafían mi autoridad.

Partí en busca de ese hombre, aún el sol no se asomaba. No tenía a nadie a quien despedir ni quien me esperara de regreso. Toda mi vida ha sido por y para nuestro Rey.

A lomo de caballos bien fornidos y con la compañía de cuatro buenos soldados, recorrimos Brasil hacia Minas Gerais. Nos dirigimos sin pausa hacia la ubicación de su hacienda. No queríamos perder un segundo, así que descansamos lo mínimo indispensable durante el trayecto de tantas leguas. Dos días de camino a paso y galope, estábamos exhaustos, pero al fin llegamos.



Ya en camino por un sendero pedregoso exprimí la bota para darle las últimas gotas de agua a mi caballo. En eso uno de los hombres se sobresaltó y cayendo al piso se creyó atacado por alguna bestia entre los arbustos. Pero más lejos de la realidad no podía estar, pues se trataba sólo de una pieza de metal. Hierro con maderas y remaches, engranajes como si de un gran mecanismo se tratara. Tenía el aspecto de un alacrán y parecía abandonado en plena labor. Sus tenazas enterradas en un tronco; su cola tomando un madero; sus patas como estacas en el suelo. Parecía ser una gran herramienta para derribar árboles, supusimos; nunca habíamos visto algo así en nuestras vidas.

Comenzamos a avanzar por el costado de una cantera, un enorme pozo de tierra removida que demostraba años de duro trabajo. Nuestros pasos dejaban caer las piedras de las orillas que rodaban largo hacia el fondo. Un gran camino en espiral. Entre las rocas parecía ser obra de aquella maquina en forma de oruga. Más al fondo las rocas removidas por una especie de cangrejo y hasta una tortuga con ruedas dentadas servía para acarrear tierra. Todas llevaban complejas palancas y habitáculos, y unos barriles



en sus lomos. Si este hombre daba vida a tales bestias, tal vez sus amenazas eran mucho más que simple orgullo.

Pasamos así los cultivos y los establos, y ni un alma en la vuelta. Mis sospechas crecían. La casona era lujosa y amplia como muchas grandes haciendas, sin embargo, esta tenía algo diferente. En sus columnas se erigían extraños ornamentos; en la fachada símbolos y gárgolas. El portal era una arcada de piedra; lo atravesamos con cuidado, no sabíamos que esperar. El silencio era profundo, mi intuición se iba confirmando.

Ningún tipo de actividad humana o animal. Al llegar a la puerta, mandé a mis hombres a rodear la vivienda, cada quién por una entrada diferente. Entramos sigilosos y recorrimos sable en mano las habitaciones. Sin embargo, se hacía realidad la idea menos deseada: todos allí habían abandonado la vivienda. Dejaron todo y sin más partieron de aquel lugar llevando lo que podían cargar. Seguramente en una caravana con sirvientes y esclavos hacia algún refugio lejos de allí.

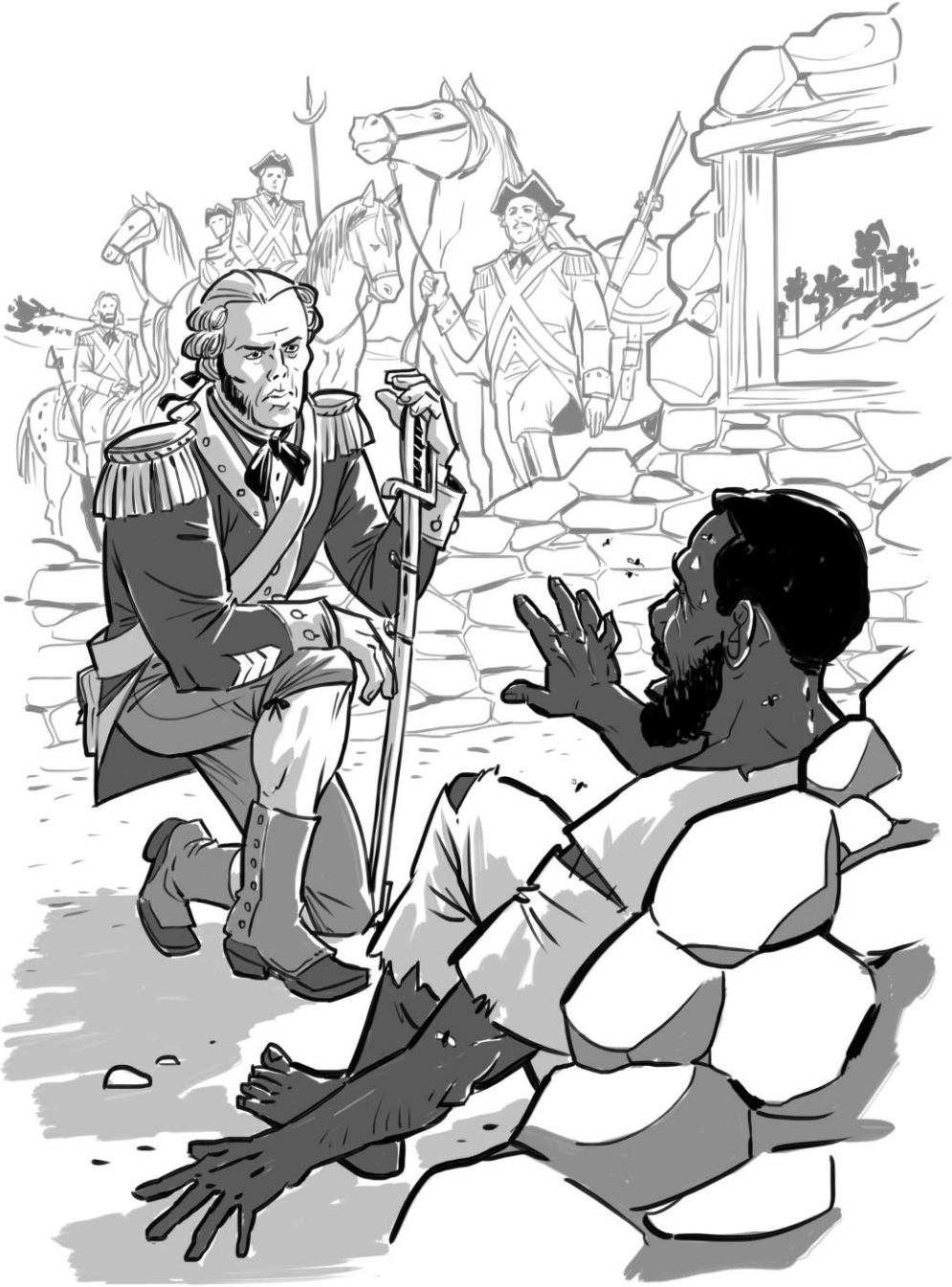
Aunque la nuestra parecía una misión fallida, no me dejé vencer. A paso lento y con mirada de gavilán rodeé la estancia hasta encontrar las pistas que me condujeran por el camino que había tomado aquella gente. Descubrí las huellas de unas ruedas poco comunes, enormes, dentadas. Ya casi no quedaban rastros, pero fue suficiente para saber qué camino seguir. Nos abastecimos bien con mis hombres, dejamos descansar los caballos y salimos.

No sé cuántas personas serían, ni animales ni esclavos, pero han de haberse movido rápido. Tal vez ya tenían todo planeado de antes, o quizás ya se habían movido hacía ya tiempo atrás.

Este Conde parece ser más astuto de lo que todos piensan. Creo que sus planes se llevan a cabo a la perfección; y eso me preocupa.

El camino se hacía largo y fuimos acercándonos a la frontera con Paraguay. Allá por donde empiezan las misiones de los Jesuitas. Yo me la veía venir. –Este hombre está del otro lado.

Nuestros caballos obedientes y enérgicos no aflojaban el paso. Cruzábamos montes y claros por igual. Pero fue al llegar a un valle que entre la hojarasca quebrándose con los cascos, oímos un lamento que pronto se convirtió en desesperados balbuceos. Había escombros de una vivienda abandonada. Y entre las piedras de los muros desbaratados, se encontraba refugiada un alma. Sus ropas ajadas y la piel negra; un hombre viejo y herido que entre moscas dejaba ver el rostro del hambre y la desesperanza. Como pudo nos relató su desgracia: que su amo había abandonado la estancia y ahora llevaba consigo a toda su gente y pertenencias hacía el oeste en una gran caravana. Fue el momento fatal cuando en un descuido se extravió en una arboleda cercana y sin darse cuenta se vio acechado por las fauces de un yaguareté. Luchó con la bestia rampante y pudo vencerla no sin antes, recibir una fea mordida en su costado. Así quedó rezagado, mientras la caravana seguía sin él. Eso fue hace cinco días, cinco días comiendo lo poco que tenía en su alforja.



Enseguida supimos que se trataba de Melquíades. Los muchachos no dudaron en abalanzársele virulentos hacia él para sacarle más información. Yo los detuve, a ese tipo no le quedaban muchas horas más. Si quería decirnos algo lo haría, pero su mera presencia ya era una confirmación suficiente. Le dejé mi ración y volvimos a montar. El hombre nos dió su bendición, pero también nos dijo –Mi amo no es malo con los que son obedientes... Pero a mi me debe doce latigazos.

Miré los prados hacia el oeste y seguimos.

En los límites de nuestra jurisdicción tuvimos que parar. La dicotomía entre retirarse o adentrarse en un problema mayor. Yo no me iba a dar por vencido, el rey me dio una orden y no soy quién para abandonarla. Mi vida es al rey y mi único propósito es obedecer su voluntad.

Lo consulté con mis hombres y estuvimos de acuerdo. Les dije que se fueran. –Es mejor que siga yo solo –les expliqué. La chaqueta de mi uniforme que rebosaba de escudos y galones me delataba. Así que me la quité y se la

di a uno de ellos. Me despojé de todo signo de mi origen. Saqué el poncho de entre las cosas que llevaba y me lo puse por encima. Estaba listo para seguir.

–Vayan y díganle al rey que no me importa el tiempo que me lleve hallar a ese demente, yo lo encontraré.

Pasaron más de dos meses de búsqueda lenta y dudosa en tierras paraguayas entre guaraníes y misioneros. Exhausto pero firme, dormí donde pude, comí lo que pude conseguir. Esquivé caudillos y matreros ocultándome en el perfil bajo como un campesino más. Pregunté a cuantos pude para dar con el destino del Conde Melquíades tratando de no levantar sospechas.

Me topé con la misión de Nuestra Señora de la Candelaria y allí conocí al fraile Marcelino que me contó de los recientes ataques a las otras misiones. Se veía gravemente preocupado por la seguridad de su gente. Agarró fuerte la cruz de su rosario y me dijo –Esta misión ha sido azotada muchas veces y aun así resucita como nuestro Señor para volver a dar vida y enseñar la Fe–. Luego tomó un sable de debajo de la mesa y continuó–.

Pero también te digo que no me sacarán de mi monasterio sin dar pelea.

Ahora sé a dónde dirigirme y para allá voy. Temo que se trate de un asunto más peligroso de lo que imaginaron mis superiores, que me obligue entonces a empuñar mi sable sin vacilar y dar caza a ese infame. Y lo haré para cumplir al fin mi misión.

—¡Viva el Rey!

Salamandra es una obra original escrita e ilustrada por Diego Tapié. Copyright 2020. Todos los derechos reservados. Prohibida su copia, venta o publicación sin el permiso de su autor. Apocalipta comics | [www.apocalipta.com](http://www.apocalipta.com) | Uruguay

**Agradecimiento especial a Juan Martín Da Rosa.**  
**Compañero de aventuras en este proyecto, co-creador de conceptos e ideas.**





---

[www.apocalipta.com](http://www.apocalipta.com)